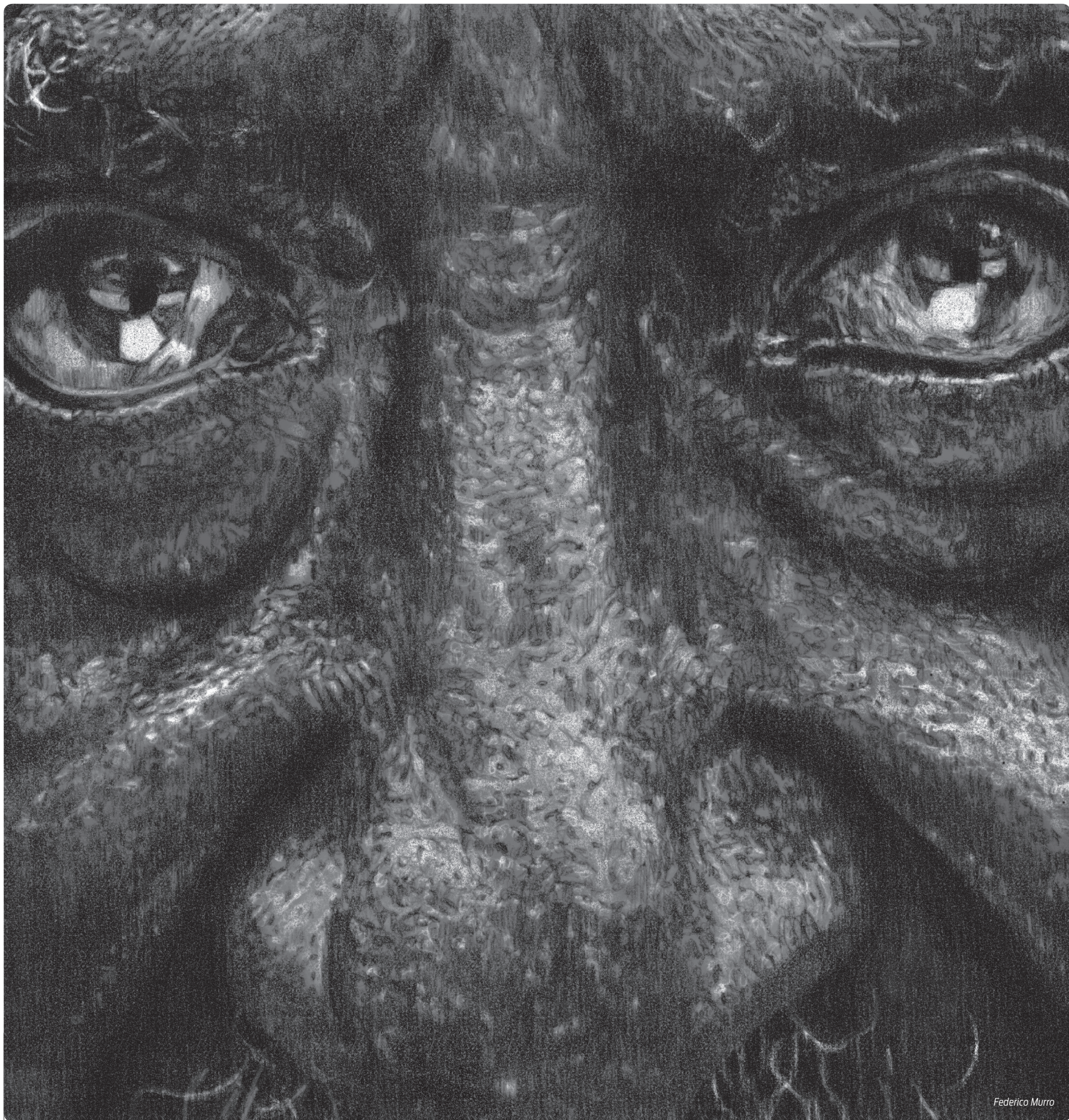


# INCORRECTA

• AFROS • FEMINISMOS • MIGRANTES • SEXUALIDADES •

Viernes 26 de febrero de 2016 • Nº 6



Federico Murro

**Negritud: asuntos de clase, luchas y políticas sociales**

# Lo que hay que ver

# A flor de piel

## Racismo y sus mecanismos de reproducción

*“El prejuicio es una carga que confunde el pasado, amenaza el futuro y hace inaccesible el presente.”*

MAYA ANGELOU.

A veces me pregunto por qué aún requiero expresarme sobre el racismo, y las respuestas casi siguen siendo las mismas desde hace años, cuando comprendí que no era una cuestión de percepción personal, ni que yo era una paranoica con baja autoestima. El motivo sigue siendo un asunto que va con mayúsculas: Racismo.

La observación, el trabajo y la vivencia me dicen que los uruguayos somos menos racistas que hace diez años. ¿Este cambio se debe mayoritariamente al reconocimiento, la reparación y la restitución de derechos hacia esta población por parte de los integrantes de esta sociedad? Con certeza, no.

Las demandas actuales de equidad del movimiento afro organizado tienen en este país al menos más de 30 años. Los logros más significativos, hay que decirlo, de la población afrodescendiente se generan durante el primer gobierno del Frente Amplio; básicamente: mecanismos de equidad étnica racial dentro de la estructura del Estado y la histórica promulgación de la ley N° 19.122 en agosto de 2013, que refiere a la promoción y participación de las personas afrodescendientes en áreas laborales y educativas. Pero, más allá de estos avances, ¿por qué si constituimos el 10% de la población de Uruguay no generamos representantes legislativos que respondan directamente a este sector?

Así como la educación sigue siendo la vía regia de la movilidad social y de clase, se debería reconocer que la representatividad política partidaria, lograr voz y voto en el ámbito parlamentario, hacen la diferencia en la viabilidad de las demandas de cualquier colectivo. Esta presencia por sí sola, se sabe, no alcanza, aunque parafraseando el saber popular: cómo ayuda.

El ámbito político partidario genera alianzas, establece vínculos, espacios de discusión. Si se ejerce la representatividad de manera responsable, debería resultar beneficiosa para acercarnos a la equidad. También es cierto que el proceso ha comenzado: dos diputados en las legislaturas pasadas y uno de ellos reelecto en el actual gobierno, la existencia de algún asesor gubernamental afrodescendiente, algunas compañeras en cargos de coordinación y, lo que sí resulta significativo e histórico, un número relevante de edilas y ediles afros en las juntas locales.

### Minorías en minoría

Si bien el tema afrodescendiente es incluido en el primer gobierno de Tabaré Vázquez, los asuntos de la población afro pasan a ser tratados dentro de la agenda



Ciudad Vieja, Montevideo. / FOTO: PABLO NOGUEIRA

de las diversidades o minorías, desconociéndose el carácter estructural de la pertenencia étnico-racial y de género en la brecha de la desigualdad. Desigualdad que tenemos garantizada de no abordarse adecuadamente el tema, como un eje estructural. El patriarcado establece claras categorías de subordinación: relaciones de género, relaciones de clase, relaciones de raza. De las tres, sólo resulta modificable la relación de clases sociales. Las otras condiciones que atraviesan a un sujeto de derechos (o sin derechos, más bien) requieren ser leídas en esta perspectiva patriarcal: blancocentradas, clasistas y racistas. Por más odiosa que sea, haré una comparación, porque funciona como un indicador. Observemos los logros (desiguales) de los movimientos de la diversidad sexual, del feminista y del afrodescendiente en relación al tiempo que funcionan como movimientos organizados en nuestro país. La ecuación es sencilla y los logros están a la vista.

¿Qué puede estar operando detrás de esta diferencia?: la solidaridad de clase, de género y de raza, además de la habilidad de los compañeros y compañeras, sobre todo los de la diversidad sexual, para detectar lo que no funcionaba, encontrar alianzas pertinentes, moverse por las vías que dan créditos políticos y a las que tuvieron rápido acceso.

Dice el viejo Mascovici (1979) que el punto medio psicológico es aquel que separa dos orientaciones: el propio campo y el contrario. Concluye que las personas eligen, votan, se inclinan o apoyan las posturas que más se le asemejan. No desconozco y festejo los avances en las demás “minorías”, pero no puedo dejar de anotar que las decisiones tomadas cotidianamente

según el lugar y el rol social que ocupemos contribuyen o no con la equidad étnico-racial de alrededor de 400.000 uruguayos.

### Escondites y datos

Muchas veces me descubro levantando la voz, más de las que quisiera, para señalar los mecanismos del racismo y su persistencia. Deberíamos preguntarnos honestamente: ¿dónde escondo mi racismo? Los seres humanos normatizamos nuestras relaciones; muchas de estas normas no son dichas ni visibilizadas, pero agrupan, estructuran y jerarquizan la convivencia según intereses generalmente ajenos. ¿Nos hemos preguntado si nos funciona, o a quién le funciona ese rol que asumimos, ese precio no pagado por salirse de la norma? ¿De quién son o dónde se originan las propias expectativas?

Existen algunos mecanismos conocidos por su eficacia para mantener situaciones de opresión sobre cualquier grupo o minoría en relación al ejercicio y la acumulación de poder, que permite la perpetuación de privilegios. Estos mecanismos han incidido en la escasa movilidad social de la población afro y en la frágil organización de sus demandas, que permean desde las relaciones familiares y personales hasta las decisiones en los planes de gobierno. Es que la protesta aburre, puede sonar a queja, y los mecanismos ejercidos por quien se encuentra en una situación de “superioridad” logran desarticular demandas o propuestas.

A modo de ejemplo, se puede tomar la Ley N° 19.122, sobre afrodescendientes, que establece normas para favorecer su participación en las áreas educativa y laboral. Ante la argumentación social del porqué y el para qué

de una acción afirmativa de estas características, muchas personas psicologizaron, negaron o sociologizaron los fundamentos de la desigualdad existente entre población afro y no afro.

Actualmente, el porcentaje de personas no afro viviendo en hogares pobres es de 8,2%; del total de las personas afro son 22% (Inmujeres, Ministerio de Desarrollo Social, 2015). Esta brecha persiste a pesar de la fuerte batería de políticas sociales instrumentadas para revertir la pobreza y la indigencia en los últimos años. Las políticas universales han logrado virar la composición socioeconómica, pero no han operado significativamente cuando el corte para medir la desigualdad se realiza incluyendo la variable étnico-racial.

Ante esta realidad, se justifica la urgencia de implementar políticas de acción afirmativa, más en un país con una larga historia de protección social y que ha focalizado sus acciones en adultos mayores, jóvenes, mujeres, discapacitados, diversidad sexual y, finalmente, afros. Pero, con esa historia a cuestas, resulta al menos llamativo que ninguna focalización generara tanta polémica como la Ley N° 19.122.

Aparecieron los juicios a priori de una “mayoría” que opinaba “al grito”: no consiguen trabajo porque no estudian, porque son haraganes, indigentes, burros, porque no quieren. A los afros se los asimila fácilmente a sectores de la población con características en común (pobreza, bajos niveles educativos, desocupación). Esta asimilación funciona como argumento para justificar las dificultades en el acceso y la permanencia en el mercado laboral, pero también como una manera que niega la ideología del racismo. Emergen comentarios y argumentos que

psicologizan (Papastamou, 1987) a la población afrodescendiente: “No se presentan a los trabajos porque tienen baja autoestima; se persiguen con lo de negro; se autodiscriminan; ejercen racismo al revés cuando se defienden de los blancos; son agresivos; es todo subjetivo”. Así, se atribuye la desigualdad a estados emocionales de las personas y pasan de una condición de desventaja estructural a ser vistos como responsables de esa situación social.

Otras veces el bloqueo de la demanda, propuesta o declaración puede manifestarse por medio de invalidar, denegar (Mascovici, 1987), el discurso en sí mismo a través de otros mecanismos: negando las fuentes estadísticas, por ejemplo, aunque todos los que trabajamos en esta área manejamos información relevada por el Instituto Nacional de Estadística. La negación que sostiene el prejuicio viene de varios frentes: se señala, por ejemplo, la inconsistencia académica. Es que la educación uruguaya es eurocentrada: los autores en los que basamos nuestros puntos de vista se sostienen en el pensamiento europeo como paradigma universal de interpretación de todas las realidades y se usa como único método válido para la producción de conocimiento.

### Folclore

Quiero detenerme en un último mecanismo, de los tantos que podríamos señalar, y es el de la folclorización del tema afro. Mecanismo especialmente visible en esta época del año. El candombe produce uno de los espacios de integración social y territorial por excelencia en Montevideo y se expande cada vez más por todo el país. Hasta hace unos años, los estereotipos de “negro, vino y tambor”, de “negras de baja reputación”, o la famosa frase “es cosa de negros”, aún alejaban a la mayoría de las personas de esos espacios territoriales y de expresión. Actualmente, un altísimo porcentaje de hogares uruguayos tiene un tambor, cada vez más mujeres blancas ocupan el lugar de la vedette de la comparsa (tema para una nota de feminismo: el cuerpo de la mujer, blanca o negra, en esa manifestación popular), muchas personas se apasionan y vibran al compás del tambor, de esa música ancestral, y negra. En esto de desfolclorizar y en búsqueda de puentes anoto otra asociación: La Marcha de las Putas, la Marcha de la Diversidad y las Llamadas, generadoras de simpatías y adhesiones momentáneas, no logran transformar radicalmente la sensibilidad, las prácticas y la convivencia y son insuficientes para provocar un cambio sociocultural que genere un Uruguay verdaderamente equitativo. ■

# El color del cristal

## Las políticas focalizadas ante el sistema

Hace algunos años me contactó por medio de las redes sociales alguien que también se llamaba Platero. Me escribía desde el exterior, y me preguntaba si yo conocía a Fulano Platero, en cuya casa él había pasado un tiempo cuando visitó Uruguay. Le respondí que no, y que probablemente no fuéramos parientes. Y entonces me lo dijo: “El apellido Platero se lo puso a mi tatarabuelo un español esclavista, José María Platero”.

Pasada la sorpresa inicial, entendí, por primera vez en mi ya bastante larga vida, que en este país los que no provenimos de migraciones recientes descendemos de esclavos o descendemos de esclavistas.

El pasado esclavista parece olvidado en Uruguay. Cierta orgullo nos hace repetir que abolimos la esclavitud antes que nuestros vecinos (extremo bastante discutible), sin plantearnos demasiado en serio cuánto

de aquella infamia sigue operando en las vidas de los descendientes de esclavos 150 años después.

Uruguay tiene una oferta educativa primaria y secundaria (y, cada vez más, terciaria) extendida a lo largo y ancho del territorio, con leyes que consagran la obligatoriedad de la enseñanza y promueven la “continuidad educativa” tendiente a evitar que los sectores más vulnerables sean expulsados del sistema. Sin embargo, las estadísticas muestran que aunque a la escuela vamos todos, al liceo van algunos y a la universidad van muchos menos. Y como cualquiera puede adivinar, los que menos trepan en la escuela educativa son los pobres. Pero cuidado: cuando el factor pobreza sale de la ecuación, siguen siendo los afrodescendientes los que acumulan menos millas en el viaje de la formación y el estudio. Es decir, entre los negros hay, proporcio-

nalmente, más pobres que entre los blancos, pero incluso entre los que no son pobres se mantiene la brecha en lo que respecta al acceso a la educación. ¿Cómo hacer, entonces, para ocupar los lugares que las leyes de “acción afirmativa” eventualmente puedan garantizar a ese colectivo? Y aun cuando los lugares sean ocupados por personas que además de cumplir con el requisito de pertenencia al colectivo cumplan con las de formación para el cargo, ¿cuánto de la desigualdad de base se estaría resolviendo?

Un presidente negro puede ser una sorpresa y una alegría en un país como Estados Unidos, pero las cárceles yanquis siguen llenas de jóvenes negros, los condenados a muerte siguen siendo negros en una proporción alarmante y el racismo no ha dejado de manifestarse en formas ya ruidosas, ya larvadas. El presidente negro, por otra parte, no

ha vacilado en seguir adelante con la despiadada política exterior de sus antecesores, y tampoco ha puesto en peligro la salud de un sistema político y económico que condena a la exclusión y a la pobreza a millares de hombres, mujeres y niños de todos los colores en su país y en el mundo.

Un riesgo cierto cuando se habla de minorías y reparaciones es el de caer en la miseria de comparar cuánto han sufrido unos y otros, y cuánto le correspondería obtener como compensación a cada uno. Y no porque no haya para todos, sino porque en la pelea misma por probar quién está más jodido se puede perder de vista que el objetivo debería ser que las acciones reparatorias no fueran necesarias.

Reconstruir la historia de la esclavitud en América, explicitar los vínculos entre aquel negocio y la estructura económica que todavía nos sostiene (que todavía sostenemos),

exponer las consecuencias de una práctica que era legal y aceptable hace menos de 200 años es imprescindible. Hacerlo de tal forma que no se vuelva una herramienta más a favor del sistema, también.

Los organismos multilaterales, los gobiernos y muchas benévolas organizaciones caritativas comparten una inclinación: la de ofrecer beneficios y ayuda a cambio de sofocar protestas y acallar reclamos. Todas las luchas por la justicia y la emancipación deberían concentrarse en exponer y problematizar la violencia estructural del sistema. Y todos los que queremos cambiarlo tenemos que resistir la tentación de las consignas y los rituales y dar la batalla para neutralizar el poder fascinador, hipnótico, de las conquistas parciales. Aunque no renunciemos a ellas. ■

Soledad Platero

# Aquellas fieras del asfalto

## Estreno de documental sobre el Black Panther Party

Cuando se piensa en la lucha de los derechos civiles de los negros en Estados Unidos, especialmente durante la década de los 60, se suele pensar más que nada en la polarización entre las protestas pacíficas comandadas por Martin Luther King y las visiones más radicales (aunque rara vez trascendieron la violencia de las palabras) de la Nación del Islam, comandada por Elijah Muhammad y Malcom X, quienes jugaron al “policia bueno y policia malo” en sus dialécticas confrontativas del racismo institucionalizado. Pero la concentración en las reivindicaciones esencialmente raciales de estas dos corrientes (ambas de origen religioso, conviene recordar) hizo olvidar durante mucho tiempo el rol de otros grupos afroamericanos politizados y radicalizados en temas que superaban los meros reclamos de igualdad racial, para proponer cambios estructurales revolucionarios comunes a toda la sociedad.

El más notorio, prestigioso, carismático y luego maldito de estos grupos fue el Partido Pantera Negra, un movimiento agnóstico, marxista y a medio camino entre un partido político, una guerrilla, una banda de funk y una pandilla callejera, que por un tiempo amenazó con convertirse en una auténtica fuerza revolucionaria que aglutinara todo el descontento de los jóvenes negros (y de no pocos blancos).

Si bien son muy frecuentemente mencionados en cualquier libro o película que remita a la turbulencia social de los años 60 y sus fotografías (con sus clásicos uniformes negros de camperas de cuero, lentes oscuros y boinas) son una de las imágenes más icónicas de fines de



Black Panther Party.

esa década, tanto el partido como su historia e ideología fueron relegados a meros recuerdos locativos o históricos, sin que nadie narrara la historia de una fuerza que en 1970 contaba con sedes en las principales 68 ciudades estadounidenses, y que sólo diez años después apenas tenía 27 miembros. O al menos venía siendo así hasta hace muy poco, cuando algunos personajes incómodos de aquel tiempo, como la dirigente del Partido Comunista de Estados Unidos Angela Davis o los Freedom Riders que atravesaban el sur más racista de Estados Unidos, comenzaron a ser sujeto de libros, films y principalmente documentales pro-

ducidos por el canal PBS, que la semana pasada puso al aire el primer documental biográfico dedicado a recoger las voces sobrevivientes de aquellos Panteras Negras y a hacer un repaso sin mistificaciones del periplo de un grupo que sembró terror y esperanzas por los centros urbanos de la última superpotencia.

*The Black Panthers: Vanguard of a Revolution* (Stanley Nelson Jr, 2015) llega en un momento en que desde ámbitos tan distintos como el movimiento Black Lives Matter (creado para protestar por las muertes de jóvenes negros causadas por el gatillo fácil de la Policía) o desde la última coreografía de Beyoncé se

está recordando a aquel otro movimiento contradictorio.

Didácticamente, la película sigue la formación del partido a manos de Huey Newton y Bobby Seale (a quienes se sumaría rápidamente el teórico racial Eldrige Cleaver), prestándoles atención a los bombásticos actos públicos de sus militantes, pero también a los fundamentos conceptuales de una fuerza que estableció una cadena de alimentación gratis para los niños de los guetos de las grandes ciudades estadounidenses, que tenía una base ideológica anticapitalista mucho más definida de lo que se cree (y que los llevó a contactar tam-

bién con fuerzas políticas de latinos y blancos pobres) y que, a pesar de su imagen violenta y algo machista, estaba constituido en una proporción mayoritaria por mujeres.

Un proyecto serio y conscientemente revolucionario que fue identificado por el siniestro Edgar Hoover, mandamás del FBI, como el principal problema de la política interna de su país, al que le declaró la guerra, tanto infiltrándolo para dividirlo como recurriendo simplemente a las armas y al asesinato de sus líderes. La visión del director Stanley Nelson Jr es claramente proclive a su objeto de estudio, pero no esconde el hecho de que su desaparición se debió tanto a la presión gubernamental como al mesianismo delirante (y en ocasiones criminal) de sus dos principales líderes, Huey Newton y Eldrige Cleaver. También sigue el activismo de sus ex integrantes luego del dismantelamiento de la fuerza, mostrando las ramificaciones que tuvo el pensamiento revolucionario de quienes tenían como principal eslogan el grito “Poder para el pueblo”.

Tal vez *The Black Panthers: Vanguard of a Revolution* disimula un poco que los Panteras Negras no sólo eran jóvenes a quienes les gustaba mostrarse armados, sino que también tenían la costumbre de usar dichas armas, especialmente en dirección a los policías que los hostigaban. Pero el documental triunfa en probar que más que una fuerza derrotada los Panteras Negras más bien se diluyeron, dejando algo de su fiereza revolucionaria en todos los movimientos africanos de derechos civiles. ■

Gonzalo Curbelo

# Nuestros “trollos asquerosos”

## Homosexuales y trans en Florida

NO TENGO CLARO si fue en Navidad o Año Nuevo, ni en qué año, pero no importa. El resto sí, es imborrable. Fue por la calle Rodó de Florida, con el alba encendida desde hacía un rato y en medio de un tumulto de camisas a rayas o a cuadros y de vestidos de noche que se encajaban las adolescentes que tenían alborotado al cardumen. Había música como excusa, y todo un elenco de actores de reparto circundando a las aristocracias de la aldea: la de *andeveras* y la de cotillón. Todo estaba en orden, aceptando que orden es ese epicentro compuesto por los hijos de la clase media y media alta de años 90 de gloria, de hogares de profesionales y productores rurales. Y después el resto, esperando el diseño.

Un puñado de travestis quiso sumarse a la fiesta callejera. Bailando, apenas con eso, rompió el orden y la armonía. Vi los empujones, vi volar una de las botellas de cerveza que los encamisados tenían en sus manos, siempre a la altura de la cintura. Y vi reaccionar a las que por ese entonces veía como hombres disfrazados de mujer. Vi algunos golpes, la humillación y todo lo que fue necesario para correrlas de ese día con el alba recién encendida. Desde la periferia, fui un espectador que se limitó a eso y nada más, como si uno no se volviera cómplice con la pasividad pasmosa.

### De aquí para allá

En Uruguay hay una constante migración sexual hacia Montevideo, desde la mayoría de los pueblos y ciudades del resto del país, ese 99,8% del territorio nacional que se suele unificar como “el interior”. La tesis de la socióloga Romina Martinelli, reseñada en *Incorrecta* por Lourdes Rodríguez, aborda esa migración, la de los que tuvieron que “huir de sus localidades de origen para evitar ser aplastados por el estigma de ‘el putó’ o ‘la torta’ del pueblo, convertirse en mito o leyenda o sacarse de encima el dedo de la vecina”. “El éxodo”, según escribe Martinelli, “irrumpe como un evento de esencial importancia en la vida de las personas”.

Leo y me invade una pregunta: ¿cómo la deben haber pasado los que, pudiendo irse al carajo, se quedaron, por ejemplo, en la tan fiel y conservadora Florida? Y reformulo: ¿cómo la deben estar pasando? ¿Por qué se quedaron?

### Tan fiel y conservadora

A Florida capital la habitamos 33.000 personas. Caminar tres cuadras implica, en promedio, seis o siete saludos.

En la entrada principal a la ciudad, la del puente Piedra Alta, hay una imagen enorme de la Virgen de los 33. Su fiesta, en noviembre, es una de las principales celebraciones lugareñas, con la de San Cono, la que más convoca.



FOTO: SANTIAGO MAZZAROVICH

La Intendencia de Florida, en el discurso del 25 de agosto de 2012, oficializó su postura contraria a la interrupción voluntaria del embarazo, y el intendente, Carlos Enciso, no apoya el matrimonio igualitario.

Para la elección de la reina del Carnaval de este año, la edila del Movimiento de Participación Popular Gabriela Rodríguez pidió a la Intendencia de Florida que la convocatoria “fuera inclusiva”. En el programa *Rompecabezas* (TVF) el director de Cultura, Álvaro Riva, opinó sobre la iniciativa: “Son cambios que se promueven desde ambientes políticos, con discursos que no encajan en el contexto”. Aunque la convocatoria fue la de siempre, Fernanda Mattiaude, trans, se anotó y participó. El día del certamen Fernanda fue recibida por una ovación del público que fue al Teatro de Verano. “Cuando dejas de preocuparte por lo que va a pasar, empiezas a disfrutar lo que está pasando”, puso ese día en su cuenta de Facebook.

### La profe

“Comportate como un varón, porque no sos una nena”, le dijo una maestra a Michelle cuando iba a la escuela. “Frente a los 30 compañeros, me quería morir. No quería ir más”. La evaluación de “sus actitudes de niña” por parte de una maestra y el hostigamiento de compañeros en el recreo son sólo algunos de sus recuerdos escolares. Igual o peor fue el liceo. Si entraba al baño de mujeres era un escándalo y del de varones podía salir golpeada. “Antes de ir al liceo hacía todo lo que podía en casa y, apenas terminaba la clase, salía rapidísimo para volver a casa, al baño”.

En un mundo hostil, terminó sexto. En su familia las cosas se complicaron a medida que se reafirmaba en su estética (y en

su ser); con poco más de 20 años se fue a vivir con quien hoy es su pareja.

Michelle, que tiene 28, es estudiante avanzada del profesorado de Historia en el Centro Regional de Profesores del Centro (Cerp) de Florida. Su primer día “fue un escándalo”, aunque nadie le dijo nada. Fue maquillada y de tacos. A los pocos días se organizó un taller sobre diversidad. A ella le parecía que era demasiado. Incluso llegó a incomodarla. Especulo que tal vez era la primera vez que su entorno se esforzaba para que pudiera ser ella, y no que ella tuviera que amoldarse al entorno. Sí, me dijo, y destacó que hoy considera “un placer estar en el Cerp. Vivo una libertad que no viví antes. Me siento en mi mundo”. ¿Montevideo? “Es cierto que tendría un poco más de libertad, pero no varía tanto si el asunto se lleva a algunos planos, como por ejemplo el laboral. Si no fuera así, no habría tantas personas prostituyéndose en Bulevar Artigas”. Le pregunto si se siente más tolerada que otras personas trans. “Tal vez ser una persona de perfil bajo. No haberme prostituido, que para muchas termina siendo la única salida laboral, ha llevado a que de repente la gente sea un poco más tolerante conmigo. Pero no es que me cuide para que la gente me tolere. Yo soy así”.

### Asquerosos

En 2013 hubo en Florida, en la Junta Departamental, una actividad tendiente a “disminuir la fuerte homo-lesbo-transfobia que existe en el departamento”. La impulsó un edil blanco en acuerdo con la organización Ovejas Negras. Lo hizo para evitar una denuncia. Unas semanas antes, el edil Ignacio Costa se había quejado vía Twitter de que el programa *San-*

*to y seña* (Montecarlo) dedicara tiempo a un informe sobre las barreras que deben enfrentar las personas trans. “Tanta cosa turbia que hace el gobierno y hacen informes sobre los trollos asquerosos esos”. Y remató: “¡Qué asco! Los programas ‘periodísticos’ no encuentran temas más importantes para tratar que el putismo”. Después vinieron las disculpas públicas y la actividad que se llevó a cabo en la Junta.

### Un ladrillo diferente en la pared

Cuando tenía 12 años, Agustina -que hoy tiene 23- aprendió rápidamente cómo funcionaban las redes de comunicación en su pueblo, Sarandí del Yí, en Durazno. Quiso fumar su primer cigarro. Pitó en un escondite y volvió a su casa. Cuando entró, su madre ya lo sabía. Desde niña Agustina sentía que le gustaba su mismo sexo, pero “claro, estuve peleando, diciendo que no, porque mi familia era muy de campo, conservadora, y no me daban los huevos para decir en mi casa ‘me gustan las nenas’”. De todos modos, le llegó lo que a la mayoría: el sacudón familiar. Como ya no vivían en Sarandí del Yí, sino en Florida, se escapó de ser ‘la torta del pueblo’ y, peor aun, la que se viste como un hombre. Todo se hizo menos difícil, supone, porque Florida le dio un núcleo de amigos que siente repleto de fortalezas. “Conozco pibes gay que se juntan con gente que señala mucho las opciones de los demás”, así como conoce a quienes no sólo no admiten su homosexualidad, sino que además tienen expresiones homofóbicas. El tiempo terminó quitando el velo. “¿A quién se la maquillaban?”, se pregunta Agustina: a lo ‘correcto’ que, inconscientemente, los había construido a ellos mis-

mos con los ladrillos que fueron tomando del ambiente en el que se criaron, suponemos juntos. No se fue de Florida: “Nunca le di bola al tema de la discriminación, pero lo que sí me está calentando mal, y que es lo único que me llevaría a irme, es conseguir trabajo”.

### Vergüenza de uno mismo

Santiago, que tiene 26 y es profesor, rompió con la seguidilla de negativas que yo venía sufriendo cuando intentaba entrevistar varones homosexuales. “A mí siempre me dio bastante igual lo que la gente opine, o por lo menos entre comillas me daba igual, porque hay que esforzarse bastante para que no te afecte. La gente te hace sentir vergüenza de ser como sos. Generalmente, la persona homosexual en Florida se esconde para no ser reconocida, para no ser señalada”. Es que en el pueblo no es fácil, el entorno habla del deber ser, y todo, siempre, es en formas heteroconformes. “Lo asumí pensando que era algo que estaba mal. Hasta llegué a pensar que iba a tener que formar una familia tipo hombre, mujer, niños, casa, auto y perro, porque era lo esperado”. Ocultarse o aparentar lo que no se es “siempre es protección, más que nada a la familia”: que qué vergüenza, que qué van a decir los vecinos, que vos fijate, que sos un profesional. “Cuando el rumor anda por todos lados, te rodea y te puede destrozar”, dice Santiago y, aunque pensaba irse, se quedó. “Montevideo en cierto punto es un libertinaje. Hay boliches gay, juntaderas de diferentes tipos, la manera en la que te vas relacionando es diferente, y eso puede ir dejando huellas en la vida de una persona. Yo prefiero mi vida tal como es, ordenada, prolija, y tal vez en Montevideo hubiese sido muy distinta”.

En Florida, en los últimos años, “han cambiado muchas cosas”. En el liceo, por ejemplo, no sólo aparecen varones homosexuales que no se ocultan, sino también que están de novios y así se muestran.

También es cierto, apunta, que muchos chicos prefieren esconderse, que la preocupación principal sigue siendo “la familia” y que “están como locos por terminar el liceo para poder irse a Montevideo”.

En la charla le dije a Santiago lo que, en parte, me parecía evidente: tal vez quedarse en la aldea haya sido una forma de hacer algo por cambiarla. Quizá esté “aportando mucho” y todo sin proponérselo, dijo, y siguió hablando, junto a su pareja, de otros temas más concretos, como la calentura por lo que les había pasado la noche anterior: iban junto a unos amigos a W Florida y no los dejaron entrar: “La casa se reserva el derecho de admisión”. ■

# “Salir a camino, a faja de Ya Veneno”

Dominicanos en La Aguada montevideana

José Luis terminaba su horario en el trabajo de la noche. Era madrugada. Gana el pan como guardia de seguridad en distintos boliches nocturnos y en otros sitios según el requerimiento de la empresa trasnacional que lo contrata. Se hacía la hora de entrar a la siguiente faena. En la sucursal de una cadena de supermercados en el Buceo, otra sociedad anónima de capitales colombianos.

Buscaba su mochila. Hurgaba los rincones para encontrar lo suyo.

Un policía uruguayo le preguntó qué hacía husmeando por ahí. Contestó con su inimitable acento caribeño. Respondió que terminaba su turno, que se estaba yendo, que la mochila. José Luis recita su lengua materna como haciendo radio, es claro, conciso, maneja la palabra justa.

-Ah, vos sos uno de los que vienen a sacarles el trabajo a los uruguayos. -Con su mayor respeto, señor. Si usted tiene algún familiar que no está trabajando, en Securitas precisan gente. Con su mayor respeto...

El uruguayo calló, como calla la rabia. Al rato José Luis llegaba a su trabajo, donde lo lisonjean: “José Luis, no cambies, seguí así, bienvenido a mi país”.

Los clientes lo halagan, los encargados también. No siente discriminación en Uruguay. Dice que se hace respetar. “¿Me entiendes?”. Se hace respetar con agrado, sin imposturas, y agrada naturalmente. Es pura palabra. Dice ser paciente con sus amigos.

José Luis compraba una Norteña en La Paz y Miguelete. En un almacén propiedad de un dominicano que atiende como uruguayo, enrejado, pocas palabras y ninguna sonrisa. Stanley y una chica veinteañera acompañan a José Luis. Ya hay una cerveza abierta y otra por abrir. Me invitan a su casa a hacer la entrevista. Ponen música, lavan un vaso que colman de cerveza. Salud, chin chin. Me agasjan. Ponen bachata, merengue, reguetón de Dominicana y de Puerto Rico. Bailan sin erres, usan eles. La ele es liviana. La erre es ruda. Como Urruguay.

Un aljibe tapiado en el patio de la pensión de la calle Yaguarón (y Pozos del Rey) nos recibe. El barrio de La Aguada quedó estacionado en el tiempo de los balcones de herreros duchos, de carpinteros de puertas de tres metros y más de altura. De azulejos blancos con vivos azules, franceses, holandeses. Un siglo después aguantan como las piezas de un museo vivo, de cuando se mandaban construir esas casonas de diez y más cuartos, al calor del puerto.

Antes españoles, italianos. Ahora José Luis y Stanley saludan a un señor panzón sin camisa sentado en una reposería que mira extrañado mi pasar. Ellos le dicen usted, señor. Nunca lo tutean. El descamisado recibe el respeto y saluda de la misma manera.



José Luis de la Cruz (c). / FOTO: FEDERICO GUTIÉRREZ

En la pieza somos nueve. Hay dos camas chicas, un ropero de compensado, una tele led, una hilera perfectamente ordenada de championes multicolores de marcas globales. Hay un frigobar ronroneando y una mesa con una garrafa de tres kilos prendida. Los celulares iluminan los rostros. Skype, Whatsapp, Facebook, YouTube. Hay que aguantar tener un ramo de hijos y la familia lejos, en la tierra purpúrea del dólar alto.

◆◆◆

Feliana, anfitriona en la pensión, tiene cada uno de los dotes de una verdadera matriarca. Es maciza, todos le preguntan lo que sea y ella siempre tiene respuesta, es la más añosa. Me convida a sentarme a su lado, en la cama. Accedo. Me acomodo. Quiere hablar de lo malo. Cuando llegó, hace dos años y medio, a los uruguayos les cobraban 4.000 pesos una habitación, a los dominicanos 7.000.

José Luis dice que se “abusan”. Pero las pensiones adecuaron las tarifas, porque algunos dominicanos consiguen buenos laburos y acceden a la garantía de alquiler en las empresas usureras disfrazadas de corderitas de postal. Además, queda espacio en las pensiones. Unos cuantos se están yendo de Uruguay. El motivo es obvio y los de afuera lo ven mucho más claro, acá es caro.

Hace dos años y medio desembarcó en Carrasco. Para llegar pagó 3.000 dólares entre pasajes y trámites. El dólar estaba a 19. Hoy que

araña los 32 pesos siente que su trabajo no vale lo que antes.

-Acá no se vive, se sobrevive. Muchos se fueron definitivamente. Los que nos quedamos acá es porque tenemos una faja de Ya Veneno, un luchador de lucha libre, el más famoso en Dominicana.

Feliana se va en diciembre.

Manuel, de 27 años, trabaja en un organismo público que tercerizó la cantina a favor de una empresa internacional de catering. Es su día libre. Toma despacio una Norteña en Miguelete y Yaguarón, hace dos años y cinco meses que vive en Uruguay. El primer mes lo pasó en lo de un tío, también de República Dominicana. Hasta que le pagaron el primer sueldo en una empresa de seguridad y se fue a una pensión de La Aguada. Trabaja de lunes a viernes, pero está buscando otro trabajo para los fines de semana. La cosa está dura.

Con su primer trabajo, como guardia de seguridad, cobraba 3.000 pesos semanales, de los que transfería 1.000 cada viernes a su madre. Llegaban 2.000 pesos dominicanos. Había fines de semana que mandaba 2.000 pesos uruguayos y se quedaba con 1.000 para toda la semana, con la satisfacción de que llegarían 4.000 pesos dominicanos a Santo Domingo.

-Pero ahora si mando los 1.000 no llegan 2.000, llegan 1.400.

◆◆◆

Manuel es padre de dos hijos, uno nacido en Uruguay. Dice que si fuera por nosotros, los uruguayos,

el país estaría vacío. Se autodefine buen trabajador, como cada dominicano en Montevideo.

Y sacan ventaja de la pachorra uruguaya.

-El dominicano sabe entrar a las ocho de la mañana. El jefe te dice: tenés que trabajar cuatro horas. Y le decís: cuatro no, deme cinco, diez. El dominicano no pone perros. Nosotros salimos de nuestro país para hacer dinero. No hacemos ocho horas y nos vamos a la casa para descansar. Antes de que mi mujer diera a luz, tenía dos trabajos. Entraba a las dos de la tarde a un supermercado y salía a las nueve de la noche. A las dos de la mañana entraba a un boliche y salía a las ocho de la mañana. Dormía cuatro horas para poder salir a camino.

Sabe que no puede volver con los bolsillos vacíos a Santo Domingo. Esta mal visto, es una derrota.

Manuel es un uruguayo con cédula seis millones. Manuel es un uruguayo más, aunque no tenga acento rioplatense. Aunque cuando camina en barra con sus iguales, el uruguayo promedio cruce la calle con el miedo del niño por su dulce. En Santo Domingo era reservista de la Policía. Cuando llegó a la república oriental del Plata averiguó con los milicos -“nosotros les decimos policía”-; pero necesita tres años de residencia.

◆◆◆

Nosotros somos aburridos y ellos alegres, se ufana Manuel, con cierta razón.

-Hay algo que no nos gusta de aquí, los vecinos. Al ser nosotros alegres, plantamos la musiquita un ratito y los vecinos llaman a los milicos y allá vienen los milicos atrás de nosotros. La única cosa que tienen es que son aburridos. Disculpen, pero son aburridos.

Estos hombres dominicanos no tienen 30 años y toman cerveza en la calle como cualquier joven y andan sin poloché, es decir, sin remera. En Santo Domingo la comandancia los lleva detenidos si cometen la osadía de mostrar el torso. Acá, sufren el calor húmedo, dicen que se siente el doble de calor que en el trópico. Pero que Uruguay es tranquilo.

Hace dos años pasó la ola. Muchos dominicanos llegaron a Uruguay. Algún artículo de prensa decía que en el país se ganaba bien, que no la complicaban con los papeles, que te pagaban en dólares americanos en la mano. La cosa fue pasando de boca en boca, de mensaje privado en mensaje privado. Los que llegaban a Montevideo alertaban de que la cosa no era tan fácil después de hipotecar la casa, pedir préstamos usureros y gastarse los ahorros para llegar y hacer la América.

-Los que habían venido decían que el país era caro y los de allá decían que si está tan bravo por qué no vuelven. Los de acá decían: ya estamos acá, ya invertí la plata, tengo que quedarme a la buena de dios.

A la buena de dios en un país caro, laico, pacato y aburrido. ■

## «FICCIONES PROPIAS»

## Éramos

Fue un día de otoño. Sentados detrás de la subestación de usinas y transmisiones eléctricas, un bodoque gris colocado sobre una manzana de pasto alimentaba todo el complejo habitacional. Nosotros estábamos echados detrás, recostados en el hormigón, él con la cabeza en mis piernas. Estábamos sentados detrás de la usina; podría dudarse cuál es el detrás de un prisma descansando sobre un plano, pero en esta arquitectura todo es muy simple, los lugares se llaman abajo, arriba, atrás y adelante. Sin embargo, su cabeza sobre mis piernas se colocó a un costado. No estaba tejido en sudor el hilo que le corría por la sien. Yo mantenía el silencio, pero no callaba. Acariciaba la frente y arrasaba el cabello cortado a unos centímetros del cuero cabelludo. Las hebras se inclinaban por el pasaje de mis dedos y volvían a erguirse. Fue

un día del verano que él se metió en mi casa. Antes del verano sólo se había limitado a invadir mis rutas, conocía los horarios, los destinos, las veredas. Elegía el lugar donde esperar para hostigarme a quejas, quejas que parecían súplicas, súplicas que parecían gritos. Pero no fue hasta el verano que él se metió en mi casa. Primero colocó el pie en el umbral, y las manos en la hoja de la puerta. Yo quería cerrarla, pero temía por sus dedos. La rabia me había quitado fuerza y pudo pasar como perico por su casa. Entró a mi cuarto y desarmó cajas. Eligió unos papeles, los fue buscar directo a la lata donde guardaba tres animales que rescaté a los nueve años de la limpieza de juguetes, las cartas recibidas en los cumpleaños, postales que yo misma me mandaba y algunas pertenencias familiares adjudicadas a mi abuela muerta.

Yo nací sin abuelos. Cuando era niña, y también cuando era joven, creía que los abuelos servían para que se murieran, pero debían hacerlo con uno vivo, para poder aprender el dolor seco. Guardaba dijes y perlas, prendedores de filigrana para simular la ausencia. Pero nada de eso me sirvió, y fui desde niña y hasta entrada la adultez una mujer que no conoció más que la humedad de la tristeza.

Le brillaba la rabia en el rostro, caminaba a zancadas. Comenzó a quemar las cartas. Las que él creía que eran suyas. Le brillaba la rabia en el rostro. La boca se deformaba para entregarme todos sus peores improperios. Todos sus insultos más libidinosos, todos sus deseos de amor irrestricto, todas las súplicas del abandono. En cuclillas al borde del vacío, trepado al pretil de la ventana, amenazaba atravesar la distancia que nos separa-

ba a los dos del suelo. Él gritaba en voz baja, tanto daba, yo sólo escuchaba un zumbido. Éramos jóvenes. Éramos niños. Éramos profesionales de la penetración sin desnudo. Y así lo permití para que se calmara, para que el rostro por fin callara, para que los pasos disminuyeran la distancia.

Unos días después, los álamos del otoño, lo único bello de todo esto, nos saludaron en blanco y negro. El pasto de la usina más negro que el lado que no es blanco de la hoja del álamo. Su cabeza no me pesaba en las piernas. Tenía destellos de sol en la sien. Me concentro en eso. Algunas tardes de otoño me dejó caer horizontal para que las lágrimas me laven los lados del rostro, y visto así, todo es aun más triste, y visto así, eso es todo. ■

Paola Carretto

## Pleitos de mármol

“¡Libertad!” grita la plaza. Grita bajito, silabea, dice *liber* y espera, dice *tad* y apoya. Enclenque de voces, la estatua de la plaza desprende rayos que caen sobre una ciudad sin sol. En el estómago de la estatua regurgitan, taciturnas, muchas vidas.

La silueta engalana el golpe ausente, cincel e inventiva de la mano dura y el brazo recio en aquel marmolero, llamado desde la vieja Europa. Vino a pagar unas cuentas, aprovechando gobiernos débiles y dictadores inaugurales. Llenar de estatuas la ciudad fue la consigna. Poner granito blanco y dormir tranquilos de revoluciones. Hay que matar las ínfulas de las nuevas tierras apasionadas por despertar.

Libertad, silabea la estatua. Su grito henchido hace siglos, por saltar a la re-

vuelta, derrocarse a sí misma y ser una mujer del montón que descansa -al fin de su rutina muda. Ha visto tantos desfiles, palomas y trompetas que está casi asqueada de todos los hombres.

Su destino fue camino en leguas y lenguas, rutas y querellas, para llegar ahí -en ese instante apagado- donde nadie la espera. Quienes esperan desesperan, y por ello se repliegan. Son impotentes brazos alzados que no gritan ningún *viva*. Llevan sólo carteles con caras desvaídas, rostros del tormento.

La vieja de la plaza teme a esas imágenes. Mucho más que cuando escucha a la estatua que silabea, noche a noche. “¡Libertad!” dice bajito, “¡libertad!, vení a buscarme. Sacame de este pedestal

absurdo, rompeme los pies de mármol, dejame ver la sangre que late hace tanto, ¡libertad!, liberame”.

La vieja pone la radio, suenan consignas y ollas, pero el grito urgido y mudo está clavado en el vientre pétreo de la mujer de mármol. Es silabeo insistente, como sirenas en busca de su Aquiles, reclamando aún tiros y muertes para vengar lo que hay que matar.

La estatua grita y al fin rompe en mil pedazos, destrona a su propio destino y tiñe de rojo a la vieja. Encuentra su aura, la vampiriza. Le saca riñones y orejas, se acomoda el hígado y la bilis, chupa cada víscera que puede, ese estómago viejo es aun más joven que el que regurgita hace casi dos siglos su grito mudo.

“Libertad soy yo ahora”, dice la mujer. Se pone sandalias en vez de cadenas, descorre las piezas inmóviles de sus brazos, destroza la bandera y vence el hastío de estar paralizada. Espera paciente que cada uno de los hijos de puta se pegue un tiro, diluyendo su imagen de víctima embalsamada. Cada tiro la libera, cada carcajada dada por el pueblo cuando nombran al difunto la libera. Cada estatua que rompe en mil pedazos la libera.

Y son cientos de ex estatuas que corren por las calles, buscando madrugadas que aseguren las auroras, recordadas derrotas de tiempos buenos, de suaves vientos, de pleitos cancelados. ■

Carmen de los Santos

## Hablan

## Habla la Virgen

Entre las sombras te invoco, nuestros cautiverios son quizá los mismos, los mismos barrotes nos rodean; distintos cilicios, otros hábitos, otros verdugos. Cargo este pesado crucifijo, lo sostiene mi cuello, se calienta entre mis pechos.

Mis hábitos lo cubren, guardan el decoro y los votos que le confié a Él, al hombre con mayúscula. Todos los santos, todos los hermanos, todos los apóstoles sosteniendo los secretos de una mujer que se desangra.

Soy oscuridad y pronuncio el evangelio al ritmo de la profecía no escrita: te quiero ver arder para saber que seré bienaventurada, porque vos en el pecado disfrutaste lo que yo rechacé.

Santa Teresa de Lisieux me aturde la cabeza con una frase vacía: “La oración es una simple mirada al cielo, un grito de agradecimiento que me une con Jesús”. Oro y miro al cielo, y vuelvo a orar, pero no hay nada, sólo la penitencia de mi soledad, el abandono que me devora entre las tinieblas. Las espinas aprietan las costillas y sé que no podré descifrar ningún mensaje; ya no queda nada.

¿Cómo hablar si nuestras voces son irreconciliables? Eres la sirena, la serpiente, la bruja. ¿Por qué vienes a mí ahora, por qué describes esos paisajes, los caminos que son para mí historias nada más, anécdotas?

Mis hábitos me arrancaron algo de los sueños de la infancia, como cuan-

do te besé y sentí que era primavera en mi vientre.

## Habla la puta

No hay poesía en un pete de a 20 pesos. El amor es una palabra.

Es quizá el aceite de un auto desgastado lo que más se asemeja a mi sudor en una larga jornada.

Está la satisfacción, el júbilo, con el que me venden en los diarios: discreta, mimosa, sensual, completa; rubia y morocha, garganta profunda, infartante.

Soy todo eso y no soy nada. Soy un robot de carnes blandas. Un pedazo de chuleta a la venta en el periódico de clasificados.

Todo cabe en los orificios que tengo, no hay pozos, túneles, ni misterios.

No soy. Mis referencias serán las de los feligreses que estén dispuestos a pagar unos pesos por mi sexo y mi boca caliente.

Sangro, me retuerzo. Todos los proxenetas, todos los hermanos, todos los clientes sosteniéndome.

La misericordia viene cada vez más cara. Te abandoné. Te dejé ahí con tu manto estrellado, desnuda, temblando de frío.

Cada página de tu biblia pronuncia el destino de mi alma. Pero el infierno no viene después. Está adentro mío y los demonios me visitan cada vez que tienen hambre. ■

Valeria España

## «FICCIONES PROPIAS»

## Licuada

Hoy es uno de esos días en que quisiera volarme la cabeza. No sentir. Siento todo. La historia es una licuadora y tritura pedazo a pedazo mi cuerpo. Toda yo licuada en un vaso con dos cubos de hielo. Aquí estoy. Antes de beberme advierto: después no pueden escupir. Escupirme. No. Tienen que tener el valor de tragarme. Dejarme entrar en las tripas, mezclar y entreverar. Si no, no beban. Me, no. Dejen que me evapore. Mi primera pérdida fue a los nueve años, en el agua que corría por la canaleta, mi padre y un barco de papel de diario. A los 14 mi madre y otro barco. Me caí de rodillas y no lo sentí. La piel se dobló sin darme cuenta. El rojo mojó mi entrepierna. Alguien dijo que ya podría ser madre. Seguí saltando rayuelas. El cielo era la pausa. Nace la debilidad como huella permanente. Me contrae, me dolora de dolor. Mi boca no sabía decir cárcel, tortura, exilio. Pero supo. Aprendió, se lo dije. Me lo dije y caí de rodillas sin alas. No sé cuándo y cómo aprendí a pararme, caer y pararme. Reflejo condicionado, una, dos, muchas veces y siempre el salto. Es la explicación de lo después y lo después y lo que viene y viene y sigue, caer una, dos. La otra pérdida, la que tiene nombre de pocos días, me dijeron, y fueron siete meses. Nombrar es dar el nombre. Nombro al nombre que me partió, dobló, arrastró, dolió de dolorosa al cuadrado. Me hizo caer de rodillas otra vez, de cuerpo, de mí. Basta. Hablemos de la vida, la que siguió y sigue, la que tocamos aún, la que nos vive, nos traspasa y abraza. Los sueños. El amor. El deseo. La amistad. Mi cuerpo. Lo que pienso. El miedo. Lo que siento. Yo. El otro. Vos. Hoy es uno de esos días en que hago cuentas. Ando. Mi cabeza en la cartera. Alivio. Larga vida a él. Jieden mis pasos. Me gusta el perfume. Garúa en mis ojos. Una mujer con paraguas rojo, borrosa, se aleja entre la lluvia. No pasa nada, también el alma puede ser borrosa a veces. El tiempo pasa, no se puede capturar, se evoca. Pasa como la arena, sin pausa. Y nada cambia en los paisajes que cambian. Dos por tres cae miércoles. ■

María-Emilia Parola Langhain

## Sin templo ni higuera

La noche comenzó de tarde en el paseo por la playa. Te quedaste inmóvil frente a la foca que se pudría al sol, rodeada de moscas, maloliente. Yo caminé hasta las rocas, junté caracoles para el collar de tu madre. El viento lleno de sal endureció nuestros rostros. Volvimos a casa, sin decir nada.

Lloraste dormido, sudabas, te abracé.

Hacia un año de aquella noche, cuando te vi esfumarte entre la niebla húmeda de agosto desde el balcón. El semáforo prendía y apagaba su luz roja intermitente, un hombre de sombrero negro fumaba sosteniendo firme la correa de su perro. Una ventana del

edificio de enfrente se encendió como un augurio.

Dos figuras se desplazaban por la habitación, una y otra vez. Él gesticulaba con vehemencia, extendiendo los brazos; ella se acercó a la ventana con determinación, apoyó la nariz en el vidrio y desde la altura de su apartamento me miró. Me miró. Crucé los brazos, acariciándome, y levanté el mentón para evidenciar que yo también la estaba mirando. El hombre se movía en el fondo y ella no despegababa su nariz fija de mi balcón. Puse mi mano sobre el vientre, sin despegar mi mirada de la suya. Desde su ventana ella reclamaba

de una u otra forma reparación. Pegó su mano en el vidrio.

Escuché el ruido de la puerta, habías vuelto. Te pedí que volviéramos a balancearnos en la hamaca de la higuera, te pedí que probaras otra vez el sabor de los higos en mi piel.

Te pedí, te pedí, te perdí.

Perdí mi vientre hinchado, reventé mi aliento en los vidrios gigantes del hospital.

Ya no vamos a recuperar el templo, ni la patria, ni la higuera. No hurgues, no revuelvas, no vuelvas. No es aquí. Ya no es. ■

Alicia Cano

## YO NO SOY

## Amor a largo plazo

Sentiré las llaves en la puerta. María me mirará y yo a ella. Engrasaremos nuestra digna maquinaria de saludos, colgará su bolso y daremos ritual inicio al insulto a su jefe o a mi encargado. Actualizaremos sospechas sobre el compañero de turno que nos serrucha el piso, acto seguido llegará el desplome sobre el sillón, la bolsa de Tokio y las noticias. Se dirá "qué horrible"; se soltará un "pobre gente" cada unos siete minutos. Se guardará silencio en los comerciales y se negarán con decoro las ofertas respectivas de mate o café. "Tomé dos termos en el laburo". Todo será amable. Todo será monosilábico. Todo transcurrirá en considerada piedad.

Sabemos bien que estamos deshechos; que ya han sido vejamen suficiente las nueve horas y media -para no trabajar el sábado- más extras para la semanita en Aguas Dulces. El 3 la UTE; el teléfono y la internet el 5; el 8 el agua; el 12 el alquiler. El 14 vence la tarjeta y el cable. El 17 el préstamo a crédito, que pagó la heladera y la laptop al contado. El 21 la cuota del Hipotecario y el 23 algo también vencerá. María sabe. Llegará la pizza fría, desabrada y encharcada prometida por las bailarinas cuadradas de la marquesina de la puerta de la heladera. Coca-Cola no hay, María insiste en su enésimo fracaso dietético y en salud contribuyente de ahorros y eficiencias. Es martes y comer algo que supere 15 minutos de cocción esperará al fin de semana. Lo pagaré -y caro- con la cara seca de asco de mi suegro y su catarrieta letanía de quejas políticas o futboleras, de vecinos-que-no-se-de-dónde-sacan-la-plata y de fracaso rancio y terminal. Lo pagaré -y muy caro- con mi suegra cargando a bayoneta calada por nietos, pesándome las pelotas como a un perezoso conejo preñador, salido por la puerta de atrás del galpón de los conejos perezosos preñadores en el remate del Prado. Lo pagaré -carísimo- ahogado en la baba de mi cuñado a medio drogar e inútil; feliz, sobreprotegido, libre y subsidiado hasta que un terremoto acabe con Arquitectura y su nulidad cruce toda tierra y mar conocidos. Hasta que "papu, tan bueno" lo acomode con alguno de sus amigotes del banco, esos que sudan whisky, amantes

con hijos chicos en Belvedere o La Unión, vidrios polarizados y algún travesti secreto cada tanto. Cuesta un poco, sí, pero no deja de ser la mejor opción. Al menos se come bien y evito las feas descargas domingueras con las que mi esposa liquida cada ida a casa de mis padres.

Entre semana, sobre las 11 de la noche, nos cercioramos de que toda puerta quede cerrada, toda ventana trancada y el calefón apagado. Sobre las 11.10, sentados de espaldas al otro, nuestros escrupulosos lados de la cama desenredan cables de cargadores de celular. 11.15 chequeamos alarmas y a las 11.30 alguien balbucea algo, se abraza como puede y piensa que dormir es mejor. Dormir, sí. Hay un cansancio tieso escrito en morse por las luces que no ataja la persiana. Pasa un auto y con él sus faros y su ruido. El código cobra luz, sus puntos y rayas aceleran en paredes y techo de izquierda a derecha hasta que se apagan.

María está buena, sigue estando fuerte, pero nadie va a llegar tarde al trabajo mañana. Mejor dejarlo para este sábado o el otro. Por suerte ninguno insiste. Perder el presentismo es perder Aguas Dulces y mejor no. Faltan sólo dos cuotas para terminar de pagar el auto y el 8 llega el gas, el 11 el impuesto de puerta y el saneamiento. El 15 el gimnasio con pilates y clases de salsa al que fui dos veces. El 18 la patente. El 25 el seguro y los gastos comunes. No nos podemos quejar porque con trabajo y salud todo lo demás se arregla. Aunque ni yo ni ella sepamos qué suena en la radio. Aunque los chistes de *Friends* ya suenan a sarro y alguna canilla gotee implacable toda la noche. La vida es lo que es y cada momento tiene sus demandas. Ahora -lo sabemos y lo hemos aceptado- es el momento de trabajar, trabajar y pagar. Pagar por cosas; por hogar y por planes de cosas. Pague en fecha para evitar recargos y pague por algún bebé que tranquilice a mi suegra y componga el útero de mi esposa María, mi compañera María, mi colega. María, con quien gozamos de una perfecta igualdad automática y precisa, estado ideal al que cualquier machismo o feminismo -sea legalizado u oficioso- puede tenerle miedo. Exhibimos una eficiencia envidiable en

calendarios y vencimientos y suponemos que somos la envidia del edificio.

Por cierto, eso no quita que exista algún pequeño sobresalto. Un par de veces por semana, con rigidez y regularidad digna de nuestras tarjetas, invaden ruidos que sólo noté por coincidir con las idas al baño de María en la noche alta. Mi vigilia breve que espera que vuelva a la cama me los trajo por primera vez. Comienzan con llaves desesperadas girando cual ratones matándose en una caja. Vienen de alguno de los apartamentos de arriba. Vencen las llaves -no puedo creer que no se partan- y llega el portazo. Después del portazo, el siseo de telas en plena refriega y cierres silbando un filo de centésima de segundo. Comienzan los bufidos, los susurros, las preguntas de dos o tres letras roncadas y precisas, las respuestas de a uno o dos fonemas agudos, largos y líquidos. Algún golpe que amortigua una alfombra, tacos chirriando como tenedores que raspan aluminio y el primer graznido desordenado de la madera que cede pero se acomoda. Más contratos, nuevas solicitudes y prestos cumplimientos. Asfixias y el segundo graznido de pino o cedro mucho más neto. El tercero, el cuarto; el quinto y el sexto ganan aceleración y ritmo. La docena ametrala hasta ser una máquina de coser furiosa y destartalada hilvanando un zigzag de gruñidos y desmayos. Las tablas crujen. Las patas salen a caminar baleando el piso. Un par de gritos paran en seco a la madera traqueteante. Un ahogo y el otro. Silencio sobre las 3.10. María hace rato, mucho rato, que volvió y me convence de que duerme; yo miro el techo haciendo que también, hasta que despierto en el fin de la noche jurando reventar el celular contra el piso cuando termine de pagarlo.

Casi me quemó las manos llenando el termo. María aparece en la cocina arrasando la camiseta vieja del padre en sus párpados y su ronquera. Me pide que no deje el gas abierto. Me besa corto y rápido, camina. Mientras su espalda desaparece tras la puerta del baño, me dice: "Alguien va a tener que denunciarlos". ■

Michel Caprioli

# EL INVITADO

*"Mujerhombre me has fornicado y te he fornicado hemos hecho algo parecido al amor y aun así prefieres dormir a los pies de la cama y con la luz encendida."*

*("Mujerhombre")*

SANTIAGO PEREIRA.

I. Es de noche y hace frío. Me bajo de un inter y me siento en la parada oscura. Mando mensaje. "Venite nomás", me dice. Camino. Voy por un barrio con calles de pedregullo. "Cerca del aeropuerto, en la estación se lo indicás al guarda". Voy por un barrio con calles de pedregullo y no logro diferenciar las ganas del miedo. Mi anhelo: una experiencia transgresora y fulminante. Una mujer con pija. Serlo todo al mismo tiempo y olvidarme de que existo. Llego. Me mira por la ventana. Me hace gestos: está abierto. El portón, la puerta por el costado. Con su peluca y su ropita de puta se oculta de las miradas del barrio. Está sola. ¿Quizá también se oculte de la mirada inocente de una esposa? Pero la cama es de una plaza; el desorden es de un soltero. En el centro de la habitación y sin música nos empezamos a tocar. Ansiedad. He viajado durante más de una hora para que ocurra esto que ahora está ocurriendo.

Le manoseo el jean, ella me baja el pantalón. Puedo sentirse bien dura y eso me vuelve loco. Lo quiero todo. Quiero llegar más allá de lo que me permito. Me la agarra y me la besa, yo no paro de tocar. Bajo la presencia mortuoria de la luz de un monitor (otros chat aún pendientes) me conduce hacia la cama. Es un hombre viejo, pienso. Es un hombre viejo que se levanta temprano para ir a laburar. Me conduce hacia la cama, he dicho. Me pregunta si me gusta que me cojan. Sí, me gusta, le contesto. Me gusta, me da miedo, me siento humillado. No puedo decirlo todo. Yo sólo soy un pendejo. Con el asco y el deseo entreverados, yo la espero en cuatro patas y anticipo el dolor del golpe.

Luego priman las convenciones. Me toca a mí, soy el hombre. Lo penetro contra la pared de la cama y siento la decadencia. No estoy con una persona. Empujo, digo groserías. La agarro de la peluca y ella me mira espantada. Se me zafa y la levanta del suelo como a un objeto muerto. Tirate en la cama, me ordena. Se sienta, cabalga, me desborda mi ansiedad y ya no aguanto. "Avisame. Avisame así me acabo contigo". Uno, dos, tres, ¡ahí, ya viene!, le grito. Acabamos los dos juntos y siento el semen en mi panza. Fin del juego.

Entonces me visto, me acompaña hasta el corredor. Se me acerca y luego intenta darme un beso. La rechazo, no quiero eso. "Son todos iguales: vienen, gozan



Federico Murro

y no aceptan siquiera un mimo". No hay humanidad posible. No hay remedio para el frío. No digo amor. Humanidad. La carretera de nuevo y el invierno omnipresente.

II. Han pasado varios años, pero el frío no se ha ido. Un ciber céntrico de los tantos y yo tratando de salvar la noche. MSN, elchat.com. No consigo nada o nada que me conforme. Entonces la veo conectada. Le hablo, no es la primera vez. Está que se parte. Perfectita, toda operada. Me la imagino en la cama, me la imagino viciosa. Es merquera y me lo dice. Es merquera y le encanta ser activa. Me contesta. Que en qué ando. Acá, con ganas. "¿Querés venir para casa?". No le creo. La última vez que hablamos me dijo "no sos mi tipo". Las fotos, siempre las fotos. Aprovecho el equivoco o la sed y no le doy tiempo a pensar: le pido la dirección y me voy a su casa. Tres Cruces. En 15 minutos llego.

La movida era fiestera. "Tengo a un par de amigos acá, ¿no te molesta la joda?"

No, claro que no. Mejor. Por las calles de La Aguada mi deseo se enardece. Camino, apuro el paso. Puedo sentir el sudor a pesar del rocío, y el olor de la noche pasada de hora y de vino. Soy feo. No encajo, sé que no le voy a gustar. Gordo, barbudo, intelectual. Soy otra víctima de la estética imposible de los cuerpos. Encuentro la dirección de la casa. Golpeo.

Es alta, rubia, de piel oscura. Me mira y sé que le cuesta comprender. Duda un segundo y me meto sin dejarla pensar. "No sos igual", me reprocha, "no me dijiste que habías cambiado". Me confunde. En el medio de la sala veo a los dos tipos tirados. Una botella de espumante. Se me para adelante, decidida. "Escuchame, mi amigo se siente mal". Y ahí mismo me explica que hoy esto no se va a dar, que me tengo que ir, que si le pasa algo a su amigo ella lo tiene

que cuidar. Me acompaña hasta la puerta, me empuja con la mirada. No hay humanidad, ni redención, ni palabras. Afuera. Otra vez el frío. La dictadura de la superficialidad y todas las calenturas de una noche mal apagadas.

III. Pero también estuve en un apartamento de Malvín Norte y las cosas fueron distintas. Noche de primavera, brisa caliente y cerveza. Ella se mueve en la silla y yo dejo lentamente que el deseo me penetre. Hablamos. ¿Tiene 40? Vive en el interior y viene de vez en cuando. Cuida al hermano, cuida a la madre. Recientemente ganó su nombre y se siente muy orgullosa. Sin operaciones, con la dignidad de ciertas veteranas independientes. La casa es humilde y se abren las puertas para el invitado. "Vos sos un pibe. ¿Y qué te gusta? Contame".

Yo seguía siendo un pibe, pero algo había cambiado. No me importa si no cojo, aunque sé que me gustaría. Ella me habla del Frente,

de las ventajas logradas. No tiene un cargo. No es licenciada. Yo sigo siendo un pendejo, intelectual y complicado, y sin embargo nos entendemos. "¿Entonces vos sos rockero? ¿Y dónde queda tu pueblo?". Me convida con un cigarro. Se ha logrado la empatía. Me mira, y con el gesto amanerado de un viejo me hace pasar al cuarto.

"Sacate la ropa, papi"; el lugar común del puto pero dicho con un genuino acento maternal. No me acuerdo con ella por todo lo que haya sufrido o haya tenido que pagar, porque se haya fumado las puteadas y a pesar de la incompreensión criolla haya salido adelante. Pero tengo que reconocer que hay algo de eso que admiro. Por la ventana entra una ráfaga de aire tibio y finalmente nos besamos. Nos besamos, todo se vuelve abrazo. Ella, yo, contingentes. Luego regreso a la noche y también me siento persona. ■

Hoski